

LO QUE CALLAN LOS MUERTOS

Por: Ana Lena Rivera

Registro de la Propiedad Intelectual 16/2017/935

CAPÍTULO 1

—¿Gracia San Sebastián?—preguntó una voz masculina de suave acento extranjero cuando respondí a la llamada de un largo número que no tenía en mis contactos.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Azim Martínez, del consulado español en Egipto.

—Dígame—respondí con el corazón helado. Mi madre llevaba cinco días recorriendo Egipto de vacaciones con unas amigas que, como ella, hacía mucho que habían superado la edad de jubilarse. Dada la situación en la zona, no la habíamos animado mucho con el viaje, pero ella se había empeñado en ir. «Mirad», nos dijo muy seria, «si no voy ahora, es posible que no pueda ir nunca y yo no quiero morir sin ver las pirámides. Papá se murió sin verlas y a mí no me va a pasar lo mismo».

—Se trata de su madre. Ha tenido un accidente—. La voz de mi interlocutor me devolvió al presente.

—¿Cómo está? —pregunté obligando a las palabras a salir de mi cuerpo.

—Está herida, pero consciente y estable. La han ingresado en el Centro Médico Internacional de El Cairo. Para obtener más detalles le voy a facilitar el contacto de los doctores que la atienden. No hablan español. A su madre le hemos asignado un intérprete que está con ella en todo momento. El equipo médico habla inglés y francés. ¿Necesita que la ayudemos con el idioma?

No era necesario. Acababa de volver a España después de diez años viviendo en Estados Unidos.

Mi madre era una mezcla entre Phileas Fogg y señora de provincias anticuada. Tan pronto bajaba en abrigo de piel y tacones a comprar al Mercadona como se

apunta a cualquier aventura que le suene bien y suponga subirse a un avión. No tiene miedo a nada, salvo a que le pase algo a alguien de la familia. Dice que ya no tiene edad para tener otros miedos.

Conseguimos hablar con uno de los cirujanos en cuanto Bárbara, mi hermana, se identificó como cardióloga. Entre médicos todo era más fácil. La tenían en observación por si tenía conmoción cerebral y había que ponerle una prótesis en el hombro. Ni se lo podían salvar ni trasladarla a ella hasta España en esas circunstancias. Estaba en un buen hospital y no era una operación de riesgo, salvo por los setenta y dos veranos que el hombro destrozado había disfrutado en este mundo.

En cuanto colgamos sonó mi teléfono. Número desconocido.

—¿Gracia? ¿Gracia? ¿Eres tú? Soy Marita. No nos funcionan los móviles aquí —oí decir a voz en grito a una de las compañeras de viaje de mi madre, llorosa y asustada y, por lo que decía, con poco conocimiento de la existencia del *roaming*.

—Marita, ¿qué ha pasado? ¿Estáis con mi madre?

—Estamos aquí en un hospital de El Cairo, desde el teléfono de la recepción. Adela está en observación y no nos dejan pasar a verla. Es un hospital buenísimo, pero no entendemos a nadie. Aquí no hablan español. A ella le han puesto un traductor. Encantadores los del consulado. ¡Y qué lujo hay en este hospital! Parece de película. ¡Qué disgusto, Gracia, qué disgusto! —me dijo Marita en un discurso aún más incoherente del que mi madre y sus amigas me tenían acostumbrada.

—¿Vosotras estáis todas bien?

—Sí, nosotras sí. Yo no me subí a semejante cacharro, me daba miedo. Regina sí, pero cada una iba en el suyo, y solo derrapó tu madre. Más de cuatro metros dando tumbos, Gracia, cuatro metros.

—¿Cacharro? ¿Qué cacharro? ¿Qué es lo que ha pasado? —la interrogué, dándome cuenta de que no habíamos preguntado cómo había sido el accidente. Había supuesto, sin ser consciente de ello, que habría sido en el autobús que las llevaba de un lado al otro del país.

—El *quad* ese del demonio, que ya les decía yo que no lo veía seguro. A mí no me dejaban subir sola porque yo no tengo carnet de conducir. Y tu madre, Gracia, dice que sí que lo tiene, pero ¿de qué le sirve? No lo ha usado en cuarenta años.

—¿Un *quad*? ¿Se ha subido a un *quad*? ¿En Egipto?

—Es que era una excursión opcional del circuito y como hacía tanto calor en El Cairo y ya habíamos ido al «kanakili» ese, el mercado, y nos habíamos gastado mucho dinero...

—Marita empezó a darme unas explicaciones que yo no quería oír.

—¿Vosotras no ibais a ver pirámides y a relajaros en un idílico crucero por el Nilo? ¿A quién se le ocurre subirse a un *quad*? Parecéis niñas. —Me salió una regañina tan absurda como improductiva. Tenían edad suficiente para tomar sus decisiones fuera cual fuera el resultado—. ¿Cómo está?

—Dicen que tiene el hombro muy mal y que la van a operar aquí. ¡Ay Gracia, tan lejos! El hospital es muy lujoso, muy bonito, todo de mármol. Y los médicos, encantadores. No les entendemos, pero son muy amables —me repitió una nerviosa Marita.

Un año después, martes a mediodía, recordaba el susto del año anterior mientras intentaba concentrarme en el nuevo caso de fraude que la Seguridad Social me había encargado investigar. Me preguntaba por el secreto de la buena salud y la asombrosa agilidad mental y tecnológica de don Marcelo Pravia, de ciento doce años de edad según su fecha de nacimiento y pensión de jubilación domiciliada en ING desde los noventa y nueve, cuando sonó mi móvil. Era mi madre. Segunda llamada de

la mañana. A veces se le olvidaba que me había llamado o no me llamaba en un par de días así que puse el móvil en silencio. Antes nunca llamaba en mi horario laboral, que era bastante más extenso. En mi nueva ocupación, no me tomaba tan en serio. Teníamos un código: si era algo relativo a su salud, dejaba un mensaje en el buzón y yo la llamaba en menos de cinco minutos. Solo si era por salud o si se quemaba la casa. Por nada más. Si hubiera cogido el móvil cada vez que me llamaban «solo para charlar» no habría resuelto ni un solo expediente.

Después de descubrir que don Marcelo no solo parecía tener los ciento doce años cumplidos y haberse sumado a la banca por internet cerca de los cien años sino que no había sido atendido por ningún médico de la sanidad pública en los últimos treinta y cuatro, entendí por qué me habían traspasado el caso. No había estado en ningún centro hospitalario, ni siquiera una consulta en el médico de cabecera o un rutinario análisis de sangre. El primer anciano al que la seguridad social española no le había extendido una receta en más de treinta años. O le iba a dar un buen disgusto a algún hijo o familiar aprovechado, que llevaba cobrando una pensión de jubilación de forma fraudulenta durante unos cuantos años, o le iba a conseguir a don Marcelo una página entera de reconocimiento en el periódico local. Fuera lo que fuera, y la lógica decía que sería lo primero, era un caso interesante.

Cuando cogí el móvil ya había oscurecido y tenía cuatro llamadas perdidas de mi madre, dos de mi hermana y más de cuarenta *whatsapps* de diferentes fuentes. Los que me dejaron confundida fueron los de ellas.

«Tía, ¿ya has hablado con mamá? Qué fuerte lo de la Impugnada, el pobre Evaristo tiene un ataque de nervios. He ido a comer a casa de mamá y le he tenido que hacer una receta de Diazepam». Este era el primero de mi hermana.

«Nena, por favor, llámame. Yo estoy bien y no se ha quemado la casa, pero tengo algo muy gordo que contarte». Mi madre.

«Nena, voy a acompañar a Evaristo a su casa, que está el hombre muy nervioso y el caldo y la tila no lo han calmado mucho. Me llevo el móvil por si me llamas.» Otra vez mi madre.

«¿Estás tan liada que no coges el teléfono? Llama a mamá. La Impugnada se ha tirado por la ventana del patio». Mi hermana ampliando detalles.

«Y Evaristo está en *shock*. Mamá lo está atiborrando de caldo de pollo. Le he sugerido un copazo, pero mamá no ha querido darle el Carlos III de papá porque dice que debe de estar caducado. Le he dicho que el coñac no caduca, aunque yo creo que lo que pasa es que no quiere abrir la botella. *Emoticonos guiñando el ojo*. A lo mejor lo que necesita Evaristo son unos zapatos fucsias. *Emoticonos sonriendo*.» Mi hermana yéndose por las ramas.

Y así seguí la lista hasta los más recientes:

«Guapa, ¿estás currando o te has cogido la tarde “libre, tú ya me entiendes” y estás en pleno arrebató pasional? Que desde que os habéis mudado aquí no hacéis más que sobaros. *Emoticonos con la lengua fuera*.» Mi hermana, impaciente, poniéndose sarcástica.

«Nena, cielo, ¿estás bien? Me empiezo a preocupar.» Mi madre poniéndose madre.

Con la información que me habían dado no era capaz de hilar la historia de forma consistente: la Impugnada era como llamaban en el edificio de mi madre a una vecina que usaba el verbo impugnar para todo aquello con lo que no estaba de acuerdo. «Eso lo impugno yo» era su frase preferida. Sin ella sospecharlo siquiera y sin que nadie supiera quien empezó a llamarla así primero, terminó siendo conocida con

ese mote por todos los vecinos. Por lo demás era una señora muy cabal, seria, tozuda e inteligente y sustento económico, mental y práctico de una familia compuesta por una hermana, Carmina, del tipo «señora encantadora, medio ida, que no vale para nada» y un sobrino, Ernesto, huérfano y cuarentón largo, que no había pegado un palo al agua en su vida. La Impugnada había sido maestra en uno de los colegios del centro de la ciudad y había llegado a ser la jefa de estudios. También decían las vecinas y Evaristo, el portero del edificio, que Carmina y la Impugnada tenían un hermano soltero, vividor, muy guapo y encantador que cada cierto tiempo pasaba a pedirle dinero a las hermanas, que, por estas cosas que pasan en las familias que nadie de fuera entiende, se lo daban. Yo no le conocía.

La Impugnada, unos cuantos años más joven que mi madre, fue su guía en el mundo moderno tras la muerte de mi padre. De su mano aprendió a utilizar Whatsapp y así mi madre se hizo amiga nuestra y de medio mundo en Facebook y se convirtió en usuaria diaria de la página de sabervivir.es y del hola.com y en seguidora de la casa real en Twitter.

Evaristo era el portero de su comunidad y vivía en una de las buhardillas, propiedad común de los vecinos. En teoría con su mujer que, desde hacía ya muchos años, siempre estaba en «el pueblo». En la práctica, Evaristo vivía solo con su perrita Lima, una caniche blanca y esponjosa que cada sábado llevaba con mimo a la peluquería canina. Llevaba más de cuarenta años trabajando en la finca, desde que entró de aprendiz con escasos doce años, y construyendo una casa en Ocaña, su pueblo, para volver cuando se jubilara. Se rumoreaba que le gustaba ponerse altísimos zapatos de tacón de charol fucsia, aunque no había pruebas de tal cosa. Fuera como fuera, era un alma simple, temerosa de la vida y servicial al que todos los vecinos

cuidaban, aunque fingían que era él quien cuidaba de ellos. Su mayor defecto era ser un poco chismoso, pero sin maldad.

Aun sabiendo todo esto, los *whatsapps* de mi madre y mi hermana seguían siendo muy desconcertantes así que decidí llamar a mi madre. Hubiera preferido que mi hermana me hiciera un resumen previo, pero, a esas horas, ya estaría en el hospital, y, durante su jornada laboral, mi hermana no vivía para otra cosa. Tampoco luego, con todos sus trabajos de investigación, su blog sobre bienestar mental como medio de prevención de la enfermedad cardiaca y un grupo de trabajo sobre un prototipo de chip preventivo del fallo cardíaco que querían presentar al premio anual de la sociedad médica. Por lo que ella me había explicado, era un aparatito subcutáneo que se implantaba en el paciente de riesgo y detectaba cuando se iba a producir fallo en el sistema cardíaco y vascular, un ictus o un infarto o cualquier otro tipo de fallo. Sonaba a ciencia ficción pero ya lo tenían listo para probar en pacientes reales. Siempre había pensado que, con el tiempo, mi hermana recibiría el Nobel de Medicina, o algo igual de complicado. Tanta pasión y dedicación iban a llevarla a algo grande. Rubia, gracias a la rama celta de la familia, resultaba atractiva las contadas veces que se molestaba en arreglarse, o al menos en quitarse las gafas y soltar la sempiterna coleta que recogía un pelo liso que no siempre llevaba tan limpio como habría sido deseable, pero no tenía tiempo y no quería novios serios. Su única afición conocida era el fútbol. Era hinchada apasionada del Racing de Santander desde que con trece años un jovencísimo cántabro le había dado su primer beso en unas vacaciones de verano. Cada vez que había partido se transformaba. Lástima que perdieran tanto. No ganaba para disgustos.

Así que llamé a mi madre.

—Hola, mamá, ¿qué...? —empecé a decir nada más que descolgó el teléfono.

—Nena, ¡menos mal! ¡Qué preocupada me tenías! ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Estaba trabajando y puse el móvil en silencio.

—No entiendo para qué dejaste un trabajo tan bueno en el banco americano ese tan grande para llevar otra vida si ahora trabajas lo mismo y ganas mucho menos y nadie sabe a qué te dedicas. Antes tampoco estaba muy claro, pero ganabas tanto dinero y salías en los periódicos hablando de cosas tan complicadas, como la gente importante, y...

—¡Mamá! ¿Quieres dejar mi vida en paz y contarme qué pasa?

—¡Ay, nena! Sofía, la del sexto, que se tiró al patio y yo no lo entiendo, no lo puedo creer—. Sollozos al otro lado del teléfono. Mi madre estaba afectada y yo confusa.

—¿Sofía? ¿No fue la Impugnada la que se tiró?

—Claro, mujer, Sofía es la Impugnada —aclaró mi madre.

—No sabía que se llamaba Sofía.

—¿Cómo pensabas que se llamaba? Parece mentira que no sepas como se llama una vecina de toda la vida.

—Pues porque nunca la habéis llamado por su nombre. ¿Y por qué no la llamas la Impugnada?

—Hija, no sé, como está muerta, me da no sé qué llamarla así —lloriqueó mi madre.

—Mamá, nos estamos desviando del tema, ¿qué ha pasado?

—Que la encontró Evaristo y no sabes cómo se puso el pobre hombre. Estaba blanco como la harina como si se fuera a desmayar. La policía vino muy rápido, pero el forense y el juez tardaron ¡por lo menos tres horas! No le dejaban moverse de allí hasta que no levantaran el cadáver así que nos quedamos también las vecinas porque

no íbamos a dejar a Sofía allí sola con Evaristo y la policía. Pero lo peor fue cuando llegó Carmina que...

—Mamá, —la interrumpí— ordenado, por favor, cuéntamelo ordenado que no te siga. A ver, la Impugnada se tiró al patio, ¿se suicidó? Se me hace rarísimo en esa señora. Y la encontró Evaristo.

—Claro, el pobre hombre salió a limpiar el patio. Lo raro es que nadie oyó el golpe y desde un sexto tuvo que hacer mucho ruido. Yo había salido a la frutería a comprar unos tomates, que iba a hacer una ensalada campera porque venía a comer tu hermana, cuando me di cuenta de que no tenía tomates porque los que había estaban muy blandos y los usé ayer para hacer salsa, así que bajé a la frutería y me encontré con Mari Luz, la madre de Lucía, ¿te acuerdas? Que iba al mismo colegio que tú, pero no a tu curso porque es dos años más pequeña, y nos fuimos a tomar un café, así que no me pilló en casa. Ni a mí ni a ninguna vecina. Fue sobre las doce de la mañana. ¿No te parece una hora muy peculiar para suicidarse?

—No sé, mamá, no sabría decirte —respondí abrumada por el volumen de información—. ¿A qué te refieres con “peculiar”?

—Bueno, hija, es como la hora o de hacer la compra o de preparar la comida. Parece que pega más en una mala noche, que ya sabes que de noche todo se ve más triste. Yo es por la noche cuando peor llevo lo de tu padre. A las doce del mediodía, con tanta luz, lo veo extraño—. Lógica aplastante de mi madre.

—Si algún día me suicido, prometo tenerlo en cuenta. Anda sigue.

—Nena, hazme el favor y no digas tonterías, ¿eh? Que luego lo pienso y no me puedo dormir. Déjame que te lo cuente, que me interrumpes y pierdo el hilo. Bueno, todas pensábamos que había sido un accidente, que había salido a limpiar los cristales o la

persiana por fuera y que se había trastabillado, pero dicen que no, que se suicidó, porque se prendió un cartel en la falda con unos imperdibles que ponía: «Evaristo, tápame rápido para que mi hermana no me vea muerta». Ya sabes cómo era ella de organizada, que siempre lo tenía todo planificado. Era el alma de esa familia. Yo no sé qué van a hacer sin ella, porque Carmina y Ernesto no son malos, pero son un par de inútiles que vivían al amparo de Sofía.

—Una cosa, mamá. ¿A quién te refieres con todas? ¿Quiénes estabais allí?

—Pues Lupe la del tercero, Concha la de Joaquín, Julia la de la peluquería, Mara, la nueva del sexto D, donde antes vivían Juan y Cristina antes de jubilarse e irse al pueblo, los que eran los dos profesores...

—Vale, vale, ya me hago una idea. Sigue.

—¿Te puedes creer que los policías no nos dejaron taparla hasta que no llegara el forense? Así que claro, llegó Carmina, la hermana, y la vio allí tirada. No veas cómo se puso. ¡La pobre! Menos mal que antes había llegado el sobrino. Ernesto. Me dio pena de él. No vale para nada y siempre pensé que era un aprovechado, pero cuando vio a la tía, allí, muerta, tenía pena auténtica. No fingía. Se quedó pálido, lloroso. Claro, el golpe es doble porque a ver ahora cómo viven ellos dos, pero, fíjate tú, que yo creo que en ese momento ni lo estaba pensando. Se le veía muy triste.

—Bueno, mamá, una cosa no tiene que ver con la otra. ¿Y qué pasó?

—Pasó que llegó Carmina y empezó a gritar como si estuviera poseída, fuera de sí, y él, el sobrino, parece que se recuperó un poco, y empezó a abrazarla y a calmarla, pero no había forma. Yo creí que se iba a volver loca. O más de lo que ya está. Los pobres policías, que eran jovencísimos, por cierto, altos y guapos, muy guapos, Gracia, no eran capaces de tranquilizarla. Y el sobrino, Ernesto, muy cariñoso, estaba llorando con ella

e intentando apaciguarla, pero no había manera, así que subió Laia, la del sexto del otro patio, la catalana, a casa y bajó una caja de Orfidales, que se los dio el médico porque desde el divorcio del hijo no duerme nada. ¿Te conté que la nieta no era su nieta? Vaya lagarta la nuera, y ahora que la niña tiene cinco años, se lo dice y se larga con el padre de la criatura y además el hijo de Laia está obligado a pagarle una pensión porque, ¿sabías tú que después de que el niño tiene un año tienes que pagar pensión, aunque te hagas las pruebas del ADN esas y no seas el padre?

—Sí. Lo de la ley lo sabía. Y no. No me habías contado nada de la nieta de Laia.

—Es que la ley está hecha en contra de los hombres, ¡no me digas que eso es justo! — reivindicó mi madre, indignada.

—No sé, mamá. Se protege el interés del niño. ¿Qué más da eso? Luego me cuentas lo del hijo de Laia. Sigue con lo de la Impugnada. Estabas con que había ido a por los Orfidales —respondí mientras intentaba ordenar las ideas.

—¡Ah, sí!, pues nada, que al final conseguimos meterle dos pastillas a Carmina, pero como si nada. Ella lo único que quería era ir a abrazar a la hermana, pero los policías guapos no la dejaban pasar porque lo llamaron ¡el escenario del crimen! Pero ¿qué crimen? digo yo, ¿quién va a matar a Sofía? No me digas que no es inhumano. Y Carmina imagínate cómo estaba, viendo a la hermana allí tirada. Sofía cayó boca arriba. ¿No es raro? Me parece tan difícil tirarse de espaldas que no sé cómo se cayó así. Pero ¡escucha lo más increíble! ¿Te parece normal que alguien se caiga desde un sexto piso y no suelte ni una gota de sangre? Era como un decorado, como si fuera una obra de teatro, boca arriba, con los ojos abiertos y las piernas tan dobladas que parecían de goma. Y se vistió y se pintó. Estaba muy guapa. No se tiró en ropa de estar en casa. Por eso parece que lo tenía bien pensado. Con lo de misa que era esta mujer.

No iba todos los días como la hermana, pero los domingos no faltaba nunca, ni a la del gallo ni a las vigiliass de Semana Santa. No sé, hija, que no lo entiendo. ¿Tú crees que se volvió loca? Una mujer así, tan cabal, tan seria, tan moderna ¡y tan lista! Si no es por ella, yo no sabría ni buscar en la agenda del móvil, mucho menos usar internet. Era muy buena, eficiente y organizada. Solo pensar lo bien que se portaba con el sobrino y con el hermano ese tarambana que no hace más que darles sablazos, ya da una idea de cómo era de buena. Yo te juro, hija, que no puedo entender lo que se le pasó por la cabeza.

—Es difícil comprenderlo. La última persona de la comunidad que habría dicho yo que se suicidaría. Tienes razón que le pega mucho más a la hermana, con todo ese jaleo místico que se trae. Pero bueno, entonces, ¿se suicidó y además del papel pegado a la falda no dejó nada?

—Pues no sé si dejaría algo en casa porque, después de eso, Ernesto, el sobrino, llamó al médico para que atendiera a Carmina, y en cuanto llegó, allí mismo en el patio, le pinchó un sedante y, con eso y los tranquilizantes, consiguieron subirla a casa y ya no bajaron más. Supongo que él habrá tenido que salir porque a Sofía la llevaron para el Anatómico Forense para hacerle la autopsia. Me dijo Mari, la del cuarto derecha, la madre de Carlos, que por lo menos hasta dentro de veinticuatro horas no terminan. Así que hasta mañana, como pronto, no estará en el tanatorio. Vinieron hasta los del periódico, pero la policía no les dejó hacer fotos, ¡menos mal! No sabes bien qué guapos los policías.

—Vale, mamá, ya me lo has dicho, al menos te alegraste la vista.

—¿Qué dices? No digas tonterías. Yo lo decía por vosotras. Por ti no, por tu hermana, que tú ya estás casada. Aunque con un policía yo preferiría que no se casara porque es

un trabajo muy peligroso y dicen que cobran muy poco. ¿Cómo pueden cobrar poco estos chavales si se juegan la vida todos los días? También te digo que me vale con cualquiera que sea bueno, formal, cariñoso y me dé nietos. Gracia, hija, necesitamos superar lo que le ha pasado a esta familia— Mi madre aprovechaba para sacarme el único tema del que yo no quería hablar con ella.

—¿Tú te acuerdas de cuando se suicidó la abuela de Héctor, el amigo de Bárbara? — dije ignorándola y compartiéndole mis reflexiones — Aquella mujer llevaba tantos años con depresión, con todos esos altibajos, que, aunque nos sobrecogió a todos, no le extrañó a nadie. Pero la Impugnada no me cuadra en ese perfil. Siempre estaba bien, con la situación bajo control. Era un poco mandona, diría yo. La responsabilidad de cuidar de Carmina, del sobrino, incluso del hermano, le daban mucho sentido a su vida. Daba la impresión de que ella los quería mucho y de que se llevaban bien. Decía alguien que «Nadie se suicida en tiempos de guerra» y tiene sentido. La abuela de Héctor estaba sola, no tenía nada por lo que luchar, no encontraba sentido a estar aquí, pero ¿la Impugnada? Parecía sentirse necesitada. Nunca se sabe lo que pasa por la cabeza de cada persona. En cuanto sepas algo más me cuentas. ¿Tú estás bien? ¿Quieres que vaya a verte un rato? —me ofrecí.

—Sí, hija, sí, estoy bien, no te preocupes. No hace falta que vengas. Me voy a la timba con Charo y Regina y ahí ya me despejo un poco.

La timba es como llamábamos a las reuniones casi diarias de mi madre y las amigas, todas viudas, que jugaban unos días al parchís, otros al chinchón y otros al cinquillo. Algún día, cuando eran cuatro, jugaban al tute y apostaban con una bolsa de pesetas de las que llevaban la cara de Franco. Algún día esa bolsa valdría mucho dinero en algún mercadillo de numismática.

Después de hablar con mi madre me quedé inquieta. No porque me afectara demasiado lo de la Impugnada. No más allá del drama personal de cualquier suicidio. La conocía desde que nací, pero nunca había tenido ningún trato con ella. Era una vecina más. Ni siquiera me había resultado simpática hasta hacía unos años, que le agradecí mucho cómo se portó con mi madre. Se hicieron amigas cuando mi padre murió y mi madre se quedó sola. Yo por aquel entonces hacía mucho que no vivía en la ciudad y Bárbara estaba de becaria en un proyecto de investigación en Londres. Lo que me inquietaba era descifrar cuál es el proceso mental de una persona que parecía equilibrada, cabal, de moral conservadora, con una familia peculiar pero unida en apariencia, para terminar con su vida de una forma tan impactante.

No tenía una firme opinión sobre el suicidio más allá de la libertad de cada uno para decidir su destino, pero el afán por entender me dirigía a formarme una opinión más reflexionada sobre el tema. Me esforcé en empatizar con alguien que sufriera con un dolor tan insoportable que no le compensara aguantar por maravilloso que fuera lo que pudiera pasarle después. Por desgracia mis recuerdos me ayudaron a experimentarlo con intensidad. Me sumergí en el frío aterrador de mis infiernos de los que cada día me seguía esforzando por huir y cuando me sentí atraída por la liberación que me ofrecía el vacío infinito pasé al momento de arrojarme a él y sentí que requería un agotamiento y una desesperación de las que yo carecía. Incluso me faltaba más de lo primero que de la segunda. Cuando a esta escena le ponía la cara de la Impugnada saltando por la ventana en busca de la muerte, la hipótesis de que hubiera sido un acto consciente y voluntario se me antojaba poco menos que imposible.

Sofía, La Impugnada, era muy recta en el cumplimiento de los convencionalismos sociales y religiosa hasta donde yo sabía. No era una mujer rebelde, inadaptada o ni de

pensamiento creativo. Era más bien de las que pensaba que la depresión se curaba teniendo algo que hacer. Era moderna en cuanto a inteligente y puesta al día, pero tradicional como cualquier anciana de provincias de educación clásica y católica.

Sentía mucha curiosidad por el informe de la autopsia.

Vería si Bárbara podía hacer un par de llamadas al Anatómico Forense y conseguir alguna información de sus colegas de allí. Es lo bueno y lo malo de las ciudades pequeñas, que conoces a mucha gente y creía recordar que uno de sus amigos de la universidad trabajaba allí.

Esa noche soñé con Evaristo, encaramado en unos imposibles tacones de charol rosa fucsia y con su mono azul de portero, haciendo un estriptis a Ernesto, el sobrino de la Impugnada.

Me desperté agitada y deseando hacer desaparecer esa imagen de mi cabeza, aunque volvía contra mi voluntad una y otra vez.

